

Jonathan Littell

Los relatos de Fata Morgana

Traducción del francés de Robert Juan-Cantavella



JONATHAN LITTELL

Los relatos de Fata Morgana

Traducción de
Robert Juan-Cantavella

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Les récits de Fata Morgana*
Traducción del francés: Robert Juan-Cantavella

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2021

© Jonathan Littell, 2021
© de la traducción: Robert Juan-Cantavella, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 138-2021
ISBN: 978-84-18218-58-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Este libro recoge cuatro textos publicados originalmente en Éditions Fata Morgana: *Études*, *Récit sur rien*, *En pièces* y *Une vieille histoire*.

ESTUDIOS

Estudio: composición instrumental centrada en el aprendizaje técnico. Pretende superar una cierta dificultad aislándola, abordándola de forma razonada, sistemática y repetitiva, para así vencerla y dominarla. Con todo, permite la expresión de la creatividad artística, lo cual lo distingue de un simple ejercicio.

CHRISTOPHE HARDY,
Les mots de la musique

Un domingo de verano

Abajo del todo se alzan las dos torres. Destacan sobre un cielo gris, delicado, de luz contenida. Unos árboles ocultan parte de la segunda, la que está quemada de abajo hacia arriba. Se yerguen silenciosas como centinelas, indiferentes a lo que sucede a sus pies. El viento agita las hojas de los árboles. Estelas de nubes cruzan perezosamente el cielo. Es un domingo de verano. Al rato el sol pasa por el balcón y calienta el rostro y las piernas. Así que durante unas horas toca refugiarse en el interior oscuro y fresco del apartamento.

Enfrente, hacia la izquierda, al bies sobre la colina, están las pequeñas manchas blancas de las tumbas, un reguero disperso entre las casas. Por encima del cementerio se alza una bonita vivienda, un gran edificio del siglo XIX con alas imponentes y columnas de un lado al otro de la puerta principal. Puede que ese fuese el acceso al cementerio. Es difícil saberlo, porque allí arriba no se puede llegar. Por la noche, cerca de esa casa, hay una luz que es un agujero de fuego en la oscuridad. Quién la ha puesto ahí, tampoco se sabe. Hay gente que debe de saberlo, pero yo a esa gente no la conozco.

Una vez visité una casa no muy lejos de ese cementerio. También era domingo, hacia el mediodía. B. me había llevado para entregarle un paquete a la gente que vivía en ella. Nos quedamos en la terraza una media hora, bebiendo cerveza con el padre mientras la hija, en el jardín, cortaba rosas para B. Estábamos sentados un poco apartados, porque el extremo de la terraza quedaba expuesto. La ciudad se extendía a nuestros pies, con las dos torres de frente por una vez, bajo un cielo azul de verano que

viraba a blanco. En el lado de la Residencia del general cayeron algunos obuses. El padre me dijo que no estábamos más que a ciento cincuenta metros del cementerio; esa información me pareció sorprendente. Ayer, prosiguió, una mujer fue asesinada por un obús justo debajo de esta casa. La víspera había sido en efecto un día muy malo, mataron a muchas personas. Pero ese domingo yo todavía no sabía hasta qué punto el día anterior había sido malo. Fue un fin de semana tan hermoso. El sábado, cuando atacaron por primera vez la Residencia del general, yo estaba almorzando en una taberna. Delante de mi mesa rebotó una esquirla de obús con un pequeño tintineo, corrí a recogerla; volví a entrar en el café riendo, pasándome la esquirla aún ardiente de una mano a la otra, como cuando sacas del horno una patata asada. Más tarde, ya de cara a la noche, fui a casa de unos amigos a tomar un cóctel. Bebíamos en el jardín mientras por encima de nosotros bramaban los cohetes. Varios de mis amigos se asustaron y se acurrucaron al pie de los rosales. Fue muy divertido, nos reímos mucho. A la mañana siguiente, otro obús explotó en el jardín de al lado, a unos cincuenta metros de donde habíamos estado bebiendo.

Así que ese domingo, después de la cerveza cerca del cementerio, me fui con B. a recoger a nuestro amigo A. para ir a almorzar a un restaurante precioso, un poco aislado, con una terraza cerrada sólo en parte en la que podías estar al aire libre sin violar demasiado las prohibiciones de la policía. Comimos lentamente durante toda la tarde, chuletas de cordero con una ensalada de cebolla, y nos bebimos una botella de vino tinto. Después, B. y yo compartimos un puro, estaba demasiado seco pero igual fue un gran placer. Luego compramos pasteles y fuimos a beber alcohol a mi balcón, frente al cementerio, con las dos torres a nuestros pies. No fue hasta el día siguiente, al leer los periódicos, cuando nos dimos cuenta de lo malo que había sido el fin de semana. Pero el verano ya llevaba así seis semanas, y todo apuntaba a que iba a seguir igual.

La ciudad estaba completamente cerrada desde finales de mayo. De hecho, todavía quedaba una carretera para entrar y salir, pero era peligrosa. Había a quien esa sensación de encierro

le ponía de los nervios, pero a mí me alegraba. Me encantaba la idea de estar aquí atrapado para el resto del verano, con el calor y la luz, perseguido a un lado y al otro de la ciudad por los silbidos agudos de los obuses y el ruido obsceno de sus detonaciones. Eso me hacía sentir enormemente vulnerable y me ligaba como un suplicio a esa otra cosa de la que no debería hablar.

Esa otra cosa, me resulta imposible hablar de ella pero también me resulta imposible no hablar de ella. Me devastaba el corazón y consumía mis noches: por la mañana, al despertarme, colmaba mi cuerpo y lo retorció de felicidad. Luego me levantaba, me vestía, me dirigía a mi despacho y reanudaba mi trabajo con una atención y un estado tan febril que, por un tiempo, la dejaba de lado. Pero a veces los bombardeos eran demasiado fatigosos, imposible trabajar, y entonces, entre el miedo y esa cosa, me invadía una enorme pereza que volvía inútil cualquier esfuerzo. Entonces quedaba el balcón, el sol, los libros, el alcohol y los puritos que tanto me costaba procurarme, y a veces también el teléfono, horas y horas de teléfono, un medio odioso y falso pero que en ausencia de su rostro y de su cuerpo alimentaba mi angustia y mi futilidad. Y aquí estoy, hablando de ello, cuando no debería hacerlo. Debería hablar de otra cosa. Hacer descripciones, como al principio de este relato, describir el purito pálido que me fumo en este momento, el mechero de estaño barnizado que tengo delante, un poco rayado por las monedas que llevaba en el bolsillo, el cielo que vira a gris. A modo de protección de posibles fragmentos de vidrio, las ventanas de mi despacho están cubiertas por unas láminas autoadhesivas de plástico translúcido; a través de esas láminas, punteadas por burbujas de aire, todo se ve turbio. Es una lástima, pero por otro lado, delante de mi despacho no hay nada que ver, sólo otro edificio gris, sucio, con muy pocas ventanas intactas y estrías de impactos que atraviesan su fachada. Ah, aquí vuelve el sol, a iluminar graciosamente esa horrible fachada. No hay discusión, el sol demuestra una inmensa bondad por las pobres cosas de este mundo.

Un poco más arriba, en este mismo cuaderno en el que ahora tomo notas, hace unas semanas escribí una o dos frases sobre la

luz del sol en el cuello de B. También, como por azar, fue un domingo (aunque en realidad no se deba al azar, sino a que trabajo para justificar mi presencia aquí, y a estas historias no les quedan más que los domingos). Fue uno de los momentos más aterradoros y dolorosos en que me he visto inmerso en los últimos años. ¿Qué me impidió besarla, en ese momento? Todo mi cuerpo y todo mi pensamiento, tan débiles, no tendían más que a una sola cosa, posar mis labios sobre ese cuello resplandeciente de luz y blancura. Qué horror. No me moví, me quedé apoyado en la barandilla, luego nos fuimos. Podría echarle la culpa a mi natural timidez, pero algo me dice que eso sería falso, una patética escapatoria. Más bien me parece que aquello fue miedo, lo cual no es lo mismo. Bajo esa luz pavorosa, tan cerca de su piel, me quedé descolocado, crucificado de miedo y deseo, y ni siquiera llamé *Elohim*, *Elohim*, estuvimos charlando, luego nos fuimos, le cogí una flor, otra para la tumba de mi deseo, y la llevé a su casa.

En verdad no debería hablar de estas cosas. El verano continúa, está lejos de terminar. No habría que hablar de eso sino después, mucho tiempo después. Lo mejor sería no hablar de eso nunca, morir en silencio y que así desapareciese, esas dislocaciones y esas luces de las que al final veremos que está hecha la vida, si es que no lo vemos ya, y si es que alguna vez podemos decir de una vida que está hecha, pero si no logramos callarnos, por lo menos que sea más tarde, y que haya sido debidamente digerida antes de regurgitarla. El verano ni siquiera ha terminado, las sirenas acaban de ponerse a sonar, habría que aprender a hacerse crecer una piel antes de jugar a despellejarse con navajas de tan pobre calidad. Tanta impaciencia me desconsuela.

Verano, 1995

La espera

Así que regresé a París y esperé. No es que la espera me complaciese, al contrario. Pero había ciertas dificultades. Normalmente, debería haberme ido de inmediato, o al cabo de unos días. Me habían ofrecido un puesto en otro país, duro y frío, y no me desagradó, lo acepté rápidamente. Pero había un problema con los papeles, y no se estaba resolviendo. Mis empleadores ya tenían un hombre en la capital de ese país, él era quien debía solventar el problema, no sé qué estaría haciendo. Yo le telefoneaba a menudo, a él o a su asistente, y siempre había una excusa, vaga, a menudo contradictoria; pero de los papeles, nada. A él no le molestaba, dejaba que las cosas siguieran su curso. Yo, en cambio, me volvía tranquilamente loco.

Ya hacía más de un mes que esperaba. Un mes, ¿qué es un mes? En algunos casos, nada; en otros, una travesía por un pantano glacial. Si me hubiesen dicho de entrada: No hay otra, tienes que esperar un mes, o tres, no habría supuesto el menor problema, yo habría tomado mis medidas, habría sabido qué hacer. Pero ahí, en cambio, la espera se atascaba en lo informe, pues cada día ese administrador incompetente me decía: puede que mañana, o tal vez pasado mañana. Sólo los fines de semana ritmaban esa infernal desocupación, porque los fines de semana las oficinas están cerradas. Y así, tal como la espera se disipaba lentamente, iba yo languideciendo. Cada vez tenía más problemas para conciliar el sueño: por la noche, imposible dormirme; llegué a tomar pastillas, cosa que nunca me había sucedido. Y por la mañana, imposible levantarme, una fatiga oscura y aplastante me clavaba en la cama, a veces hasta entrada la tarde; a menudo,

cuando por fin me levantaba, no era más que por unas horas, y al poco, agotado, volvía a dormirme hasta la hora de cenar. Luego, de vuelta el insomnio.

La irritación coartaba mi pensamiento y mis sentidos; la irregularidad me dominaba. Bebía, pero incluso eso carecía de consistencia. Cuando tenía una botella, me la acababa con una rapidez aterradora; pero una vez vacía, pasaban días y días hasta que me compraba otra. Quería volver a beber, lo deseaba terriblemente, pero ir a comprar otra botella era algo que me superaba. Me inventaba problemas de dinero para tener una excusa, pero era un pretexto vano que no hacía sino reafirmar mi parálisis. Y durante ese tiempo, otros deseos, todavía más ambiguos, me atravesaban el cuerpo sin piedad. En realidad, no movía un dedo por satisfacerlos; pero, solo en mi habitación, me engañaba a mí mismo al respecto, a veces hasta hacerme sangre.

No era la primera vez que me hallaba en semejante situación. Fue ciertamente debido a otra espera. Pero entonces aún estaba más perdido, o por lo menos, eso me parecía. En todo caso, ya fuese porque entonces tuviese más fuerzas, o al contrario, y estaba tan débil que ni defenderme podía, el caso es que llegué mucho más lejos en mi extravío. Fue así como una noche acabé en uno de los muelles de la ciudad, un lugar por el que suelen deambular almas en pena, ávidas de otro cuyo vacío interior pueda colmar el suyo por unas horas, llenarlas de vacío (es una forma de ver las cosas; hay otras). Era sin duda un lugar de mala reputación, donde pasada una cierta hora dejaba de regir la policía de las costumbres. Haciéndome el difícil, en mi desconcierto, dejé pasar algunos; al final, casi al azar, me acabé decidiendo por un joven negro. Creo no engañarme si digo que era un buen chico, en cualquier caso era muy tímido. Caminamos durante un buen rato, hasta llegar a su casa ni siquiera nos tocamos. Él no tenía muy claro cómo manejarse, así que me tocó imponerme a mí. Pero él se prestó de buen grado a mis exigencias. Y así sometí mi cuerpo al suyo durante horas. La vergüenza, el dolor, nada me bastaba, yo no era más que mi vacío, y cuanto más hundía en él a ese joven, cuanto más me dejaba invadir por su armazón, por su musculatura, por su sexo grueso aunque extrañamente

puntiagudo, más se abría ese vacío, más profundo se volvía, hasta revelarme la lóbrega extensión de su inmensidad. Al final fue la carne la que cedió, la que vaciló. Sumido en una confusión ordinaria, el chaval ya se creía enamorado. El frío se apoderó de mí, sus emociones me repugnaban, yo me repugnaba aún más. Me vestí y salí, cortando en seco su declaración. En el rellano de su miserable habitación estaban los retretes, pero yo tenía demasiada prisa, me sentía demasiado avergonzado, y no me detuve. Fue un error, porque unos minutos más tarde, en plena calle, sentí unas ganas irresistibles. Aún no había amanecido, todos los cafés que me encontraba estaban cerrados. A trancas y barrancas llegué al edificio donde me alojaba. Tenía que pasar por la escalera de servicio; de puro milagro, en la planta baja di con un váter, ya no podía aguantarme. Angustiado hasta casi la asfixia me abalancé en su interior, ni siquiera cerré la puerta, por poco no llego, y lo solté todo. Fue muy doloroso, os lo aseguro. Con las tripas retorcidas, me quedé un buen rato pegado a aquella letrina, sobresaltado al menor ruido, aterrorizado de que me descubriesen. No dejaba de sudar, había mierda por todas partes. Logré limpiarme los pantalones, el borde de la taza; en cuanto a mi ropa interior, ni siquiera lo intenté, me la quité y la tiré en uno de los contenedores del patio, la enterré entre la basura. Temblando, vacío, volví a mi habitación. Tanta inmundicia no me dejaba respirar, pero al mismo tiempo deseaba más, deseaba locamente zozobrar en ella, perdí toda noción de mí mismo, el delirio se había enseñoreado de mi cuerpo; asqueado, estaba iluminado por tanto horror, quería empezar de nuevo y no terminar nunca más. El sueño me tranquilizó un poco. Un tiempo después... pero dejemos esas tonterías, ya basta. Decía que en los tiempos de los que hablaba al principio no llegué tan lejos, excepto puede que en sueños. El camino, sin embargo, parecía el mismo. Pero mi situación comportaba ciertas diferencias, y estas también jugaron su papel, no hay duda. Por una parte, tenía un objetivo, un destino concreto, y eso no siempre había sido así. Por otra, tenía una correspondiente. Lo cierto es que su ausencia, su distancia, sólo influía un poco en mi abatimiento. Pero determinar qué papel jugó esa distancia en los extravíos de mi

espíritu sería muy complejo. Quizá también contribuía: pero, por otra parte, me parece que debía de ser un factor de atenuación, ya que le ofrecía una salida a mi avidez malsana, puede que una salida ficticia, pero de una eficacia nada desdeñable, que se tradujo en llamadas telefónicas ruinosas y, sobre todo, en una serie de cartas interminables, escritas a veces en el transcurso de varios días. Curiosamente, esas cartas y llamadas, aun no estando del todo desprovistas de un cierto erotismo, seguían siendo en general muy castas e incluso tomaban a veces un giro casi idealista. Eso, en mi estado, puede parecer extraño, tanto más, como he dicho, en la medida en que mis deseos salían ganando, al menos parcialmente. No se trata aquí de una sublimación cualquiera, ni mucho menos. En efecto, las palabras más tiernas podían precipitar mi mente en un torrente de imágenes licenciosas, algunas relativas a mi correspondiente, otras más bien a figuras de la calaña del muchacho que encontré en los muelles. Y así, tras unos días casi tranquilos y serenos, me dio por escribir cartas terriblemente atormentadas, violentas, desesperadas. En verdad, todo eso me daba y me sigue dando vértigo. Y así fue pasando el tiempo. Porque eso es verdad, para bien o para mal iba pasando. Aunque resultaba agotador. Hay que decirlo: un día, la espera llegó a su fin. Pero no lo dudéis, volverá a empezar.

Invierno, 1996